

4. La disciplina del Señor debe ser soportada v. 7.

Algo importante que debemos resaltar en nuestro estudio sobre la disciplina del Señor, es que de parte del creyente se requiere una actitud correcta ante ella. El autor de la carta lo ha dicho de diferentes maneras: *La disciplina no debe ser menospreciada, no debemos desmayar frente a ella*, y ahora en el verso 7 insiste en el tema de la actitud: *ésta debe ser soportada*.

La disciplina o las adversidades deben ser recibidas con un espíritu correcto. La actitud de nuestros corazones frente a las cosas que nos envía la Divina Providencia permitirá que éstas sean de bendición o maldición para nosotros.

La prosperidad y la bendición material, si no se reciben en un espíritu de humildad, desprendimiento y agradecimiento, serán fuente de maldición para nosotros. Las aflicciones y adversidades, si se reciben con sumisión al Señor y confianza en Su palabra, serán fuente de gran bendición. “La diferencia entre nuestro empobrecimiento o enriquecimiento espiritual como resultado de las diversas experiencias de la vida es determinado, en gran medida, por nuestro corazón, por la actitud que tengamos hacia ellas, el espíritu con el que se reciben, y la posterior conducta que resulta en virtud de ellas. Todo se resume en esta palabra: “*Porque cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él*” (Prov. 23:7).”¹

“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos y no hijos” (v. 7). No se trata sólo de pasar por una adversidad, se trata de tener la actitud correcta, es decir, soportarla con paciencia.

Un hijo, aunque sufra en medio de la disciplina de sus padres, no por ser castigado abandonará el hogar o renunciará a sus padres. El buen hijo sabe que la corrección de los padres propende por su bienestar. La buena actitud del cristiano frente a la adversidad corrobora su filiación con el Padre celestial. Si soportamos la mano disciplinante del Señor, entonces hay otro beneficio para nuestra alma: la confirmación de que somos hijos de Dios. El Espíritu Santo tiene, dentro de sus funciones, el confirmar la paternidad de Dios sobre sus hijos. No todos los hombres son hijos de Dios, ni todos los que se llaman cristianos

¹ http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_089.htm Julio 09 de 2012

pueden realmente dar evidencias de ser sus hijos. Pero, los que realmente han nacido del Espíritu Santo, y ahora creen de corazón en Cristo y han sido redimidos de sus pecados por la sangre del Cordero de Dios, ellos y sólo ellos, pueden estar seguros de que son hijos del Padre Eterno. Pero, en ocasiones, las dudas vienen a nosotros. El pecado que cometemos a diario produce duda en nuestros corazones. Por lo tanto, el Espíritu Santo se encarga de confirmar en los verdaderos creyentes que realmente son hijos de Dios: “*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*” (Ro. 8:16). El Espíritu utiliza, de manera especial, su Palabra revelada para confirmar nuestra filiación espiritual con el Padre. Pero, él también utiliza la adversidad y los sufrimientos que nos trae la mano disciplinante del Señor para afirmar en nosotros la convicción de que somos Sus hijos, si lo soportamos con la actitud correcta.

El apóstol Pablo, luego de afirmar que el Espíritu atestigua en nosotros que somos hijos de Dios, presenta una bendita consecuencia de esa filiación: *somos herederos de Dios y coherederos con Cristo* (v. 17). Pero ¿De qué manera confirma en nosotros el Espíritu Santo que somos parte de esos herederos? La respuesta está en el mismo versículo “*Si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados*”. Sin el padecimiento de la disciplina del Señor no podemos estar seguros que somos sus hijos y que reinaremos con Cristo.

“Fue el teólogo Charles H. Spurgeon quien comentó correctamente que Dios tuvo un hijo sin pecado, pero ningún hijo sin sufrimiento.”²

Hoy día se ha popularizado mucho la doctrina errónea de que sólo con hacer una oración de fe la persona puede estar segura de su salvación. Esto no lo enseñan las Sagradas Escrituras. Muchas personas en la Biblia hicieron profesión de fe en Cristo (Juan 8:31), pero continuaban siendo hijos del diablo (Juan 8:44), porque, no se requiere una mera oración de conversión, sino el nuevo nacimiento que produce el Espíritu Santo de manera soberana, se requiere la fe sobrenatural que es un don del cielo y que no puede ser producida por el hombre pecador, se requiere que crea de corazón sincero en Cristo y también se requiere el arrepentimiento verdadero que también es un don de Dios (lea Juan

² Lammé, Nicolás. Manual de Capacitación para ancianos gobernantes y diáconos. Página 74.

3:3-8; Hch. 11:18; Ef. 2:8). Pero, nos preguntamos, ¿Cómo puedo estar seguro de que tengo la verdadera fe? Ya el autor de Hebreos nos enseñó mucho sobre este tema en todo el capítulo 11, pero ahora en el 12, refuerza su enseñanza, recordándonos que Dios confirma la fe en nosotros a través de la disciplina o las adversidades.

La disciplina del Señor busca fortalecer la fe del creyente a través de las pruebas. Sin esta disciplina nos sería imposible saber si tenemos una fe real o falsa, pues, en momentos de prosperidad y paz es fácil confiar en Dios. En el caso de Job, la disciplina evidenció que su fe era real. “Era temeroso de Dios. Pero también había sido bendecido por el Señor de modo maravilloso. Por tanto, ¿Qué sería de su fe si Dios pusiera fin repentinamente a su privilegiada posición? Esta es una de las preguntas más importantes de nuestro tiempo. Mientras la prosperidad dura es fácil descansar en la dirección de Dios. Pero, ¿somos también capaces de ponernos en las manos de un Padre celestial que, de súbito, sacude nuestra vida hasta sus mismos fundamentos? ¿Qué queda de nuestra fe en Él cuando acaba drásticamente con nuestra alegría?”³

Vivimos en un siglo materialista y pragmático. La gente se siente satisfecha cuando tiene las cosas en abundancia, y para lograr este fin buscan hacer o creer en aquello que produzca los resultados deseados. Esta filosofía mundana ha permeado a la iglesia cristiana. La mayoría de iglesias con muchos asistentes a sus servicios religiosos actúan bajo esta filosofía.

Las personas son atraídas al cristianismo a través de ingeniosas y mercantilistas ofertas que prometen grandes bendiciones materiales y de salud a los que vienen a Cristo. Esta práctica no es promovida por el verdadero evangelio de Jesucristo sino por Satanás. Él pensaba que los santos buscaban a Dios solamente por las bendiciones materiales y terrenas que les daba. Eso dijo Satanás del justo Job: “¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra.” (Job 1:9-10).

Satanás estaba convencido que el santo Job tenía una fe pragmática como la de millones de falsos cristianos hoy día, que buscan el evangelio por puro interés personal y material.

³ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 12.

Satanás quería demostrarle a Dios que si él le quitaba todas sus bendiciones a Job, entonces la fe de éste decaería, apostataría de la fe bíblica y maldeciría a Dios: *“Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia”* (v. 11).

Aquí estaba en juego la honra de todos los cristianos, pues, Dios puso a Job como la mejor carta de recomendación entre todos los creyentes *“¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra”* (v. 8). Si la fe de Job decaía al punto de la apostasía cuando Dios le quitara todas las bendiciones materiales, entonces, se evidenciaría que su confianza en el Señor siempre estuvo motivada por el egoísmo, *“la conversión y el arrepentimiento no serían sino puro egoísmo disfrazado. ¿La piedad y la sinceridad? – meras formas de interés personal. La verdadera piedad sería una ficción. Es como si todos los creyentes quisieran sacar algún provecho, y ese fuera su único motivo.”*⁴ Pero Job no fue derrotado, sino que triunfó en medio de la prueba, soportando con paciencia la disciplina del Señor ¿Por qué? porque tenía la fe sobrenatural que persevera hasta el fin.

La disciplina de la fe permite evidenciar la sinceridad o la falsedad de ésta. En el verdadero creyente comprobará que él puede amar al Señor sinceramente, incluso en épocas de gran adversidad.

Las pruebas y las adversidades en vez de destruirnos nos fortalecen, pues, nos ayudan a quitar de nuestras vidas aquellos abalorios y fantasías que considerábamos preciosos, para que el brillo del verdadero oro se manifieste esplendoroso para la gloria de Dios: *“En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifiesto Jesucristo”* (1 P. 1:6-7). Pero, en el falso creyente, las adversidades hacen que se manifieste la falsedad de su fe, que era producto del puro interés egoísta: *“Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es de corta*

⁴ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 18.

duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan” (Mt. 13:20-21).

Imitemos el ejemplo de Job, quien a pesar de la dura aflicción y los golpes recibidos de parte de Satanás seguía viviendo en paz y felicidad. Sobre él se formaron negros nubarrones, pero él se fortaleció en la fe en el Señor, sabiendo que la dolorosa prueba produciría en él una fe más fuerte, firme y preciosa. “¿Cuál será nuestra reacción cuando el dolor amargo nos embarga? El dolor... cuando desaparece la felicidad que le da valor a la vida. El dolor... cuando nuestros más preciados deseos no se pueden cumplir, o cuando nuestras esperanzas quedan deshechas. ¿Hay alguna certeza de que podremos superarlo?... ¿Podemos amarle (al Señor) cuando retiene o nos priva de las cosas buenas?”⁵

Es importante resaltar tres verdades que el autor de la carta quiere hacer notar en estos pasajes. *Primero*, se nos ordena un deber: soportar la adversidad o la disciplina; *segundo*, el beneficio que se obtiene si soportamos con paciencia la prueba: Dios nos está tratando como a sus hijos que ama, no como a los odiados enemigos. *Tercero*, se contrasta a los verdaderos creyentes con los hipócritas. Los que no reciben la disciplina del Señor no son hijos, sino bastardos. Ellos podrán tener a la iglesia como su madre, pero Dios no es su padre.

La palabra “*soportar*” puede ser interpretada por algunos como la actitud estoica del que tolera apretando los dientes la adversidad. No se trata de esta clase de actitud.

El creyente debe *soportar* la disciplina de la misma forma como Cristo la soportó. Esto ya lo hemos aprendido en los versos anteriores.

Pero, basados en el resto de las Sagradas Escrituras, podemos decir que hay varias maneras a través de las cuales soportamos, para provecho, la disciplina del Señor:

Primero, se debe soportar de manera inquisitiva. Aunque hemos dicho que no todas las veces la disciplina del Señor nos viene como consecuencia de nuestros pecados particulares, no obstante, es nuestro sabio deber inquirir en nuestros corazones si algún pecado es la causa de nuestra aflicción. Debemos hacer lo que nos dijera el profeta: “*Meditad sobre vuestros caminos*” (Hag. 1:7).

⁵ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 19.

Cuando descubrimos el pecado que puede ser causa de la adversidad, lo confesamos arrepentidos ante el Trono de la Gracia y lo mortificamos. Suele suceder que cuando nos enfermamos lo primero que hacemos es buscar la medicina que alivie nuestro dolor físico, más no iniciamos autoexaminándonos espiritualmente. Buscamos con primacía el bienestar físico antes que el espiritual, hacemos lo mismo que el rey Asa, el cual “*enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos*” (2 Cró. 16:12). No es pecaminoso buscar la ayuda de la ciencia, Jesús mismo dijo que los enfermos necesitan de los médicos (Mt. 9:12), pero el hecho es que toda enfermedad debe ser un motivo para examinar nuestro andar delante del Señor. La salud física no es la primera necesidad que tiene un santo enfermo.

Segundo, la disciplina del Señor nos debe conducir a una vida de intensa oración. El dolor o la aflicción, así como el pecado, tienen la capacidad de nublar nuestra razón. A la hora de encontrar una causa personal de nuestra aflicción vamos a errar. Necesitamos de la ayuda divina para examinar nuestros corazones, por lo tanto, se requiere de mucha oración. Debe ser nuestra plegaria lo que oraba el salmista “*Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*” (Sal. 139:23-24).

Tercero, la disciplina del Señor se debe soportar con humildad. Cuando a través del escrutinio de nuestro corazón, bajo oración y súplica al Señor, encontramos la causa de la disciplina no debemos enojarnos contra Él. Pues, en ocasiones pensamos que la adversidad recibida es más pesada que la falta cometida. Recordemos las palabras de Jeremías “*Por qué se lamenta el hombre, si está vivo a pesar de su pecado?*” (Lam. 3:39 RV95).

Aunque nos parezca muy dolorosa la mano del Señor sobre nosotros, recordemos que es para nuestro bien. Más aflicción, más amor, más fe, más dependencia y más santidad. Cuando su mano nos parezca pesada, oremos para que en nosotros pueda ser una realidad lo que dijera Pedro “*Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo*” (1 Ped. 5:6). Humillarnos ante Dios en medio de la prueba significa que reconocemos que él tiene los motivos justos y busca el mejor bien para nosotros en la

aflicción: *“Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste”* (Sal. 119:75).

Cuarto, la disciplina del Señor se debe soportar con paciencia. A pesar de la adversidad o la aflicción somos llamados a mantenernos constantes en la fe, en la santificación y obediencia al Señor. Constancia en el servicio a Dios en medio de la prueba es un indicador de que la estamos soportando en el espíritu correcto. Satanás hablará a nuestro oído para decirnos: *“¿Piensas seguir sirviendo a tu tirano salvador? ¿No te das cuenta que entre más lo sirves más te exige? No le sirvas, pues es un maestro duro y tirano”*. Estos pensamientos deben ser desechados por el estudio de la Palabra y la oración, recordando que la vid, con el fin de que continúe dando fruto, debe ser podada. Así también la disciplina es necesaria para que seamos fructíferos. La paciencia cosechará los preciados frutos que son esquivos para el que desea las cosas de inmediato: *“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”* (Gál. 6:9); *“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Más tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna”* (Stg. 1:2-4).

Quinto, la disciplina del Señor se debe soportar con confianza. Job sufrió las más terribles pérdidas y dolores a causa de la disciplina del Señor, pero él no se entregó al desconsuelo sin fin, ni murmuró en contra de los sabeos o de los caldeos, ni se llenó de ira, sino que soportó la prueba confiando en el Señor, creyendo que él estaba detrás de todas sus pérdidas, y por lo tanto, estaba en las manos de su amoroso Redentor, el cual conduciría todo a un bien que no podía ver con los ojos físicos. Job pudo decir con confianza en medio de la embargante aflicción *“Jehová dio y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová!”* (Job 1:21).

La disciplina del Señor nos puede quitar cosas buenas que él nos había dado antes porque él tiene el poder absoluto para disponer de nuestras posesiones y lo ha considerado apropiado para nuestro bien. En esos momentos hay tristeza en nuestro corazón, como es natural, pero la tristeza no debe llegar al punto de hundirnos en la depresión o la desesperación claudicante.

Aunque los tiempos de aflicción no son ocasiones para hacer fiesta, ni tampoco se nos pide que demos gracias al Señor por la pérdida de aquellas cosas amadas, como el cónyuge o los hijos, si se nos pide que alabemos a Dios en medio de la aflicción. Eso fue lo que hizo Job, él no dio gracias por la pérdida de sus hijos, pero alabó el nombre del Señor, porque él sabía que Dios es justo en todo lo que hace.

En ocasiones solemos cantar, orar o decir que confiamos en el Señor, pero, es muy fácil afirmar esto cuando las cosas van bien y vemos la favorable mano de la providencia supliendo nuestras necesidades, mas, cuando viene la aflicción, o la devastadora enfermedad o la inexplicable tragedia ¿seguiremos confiando en el Señor?

Job demostró confiar plenamente en Dios al alabarlo en medio de la devastación. Él no podía reconciliar la enfermedad suya, la muerte de sus hijos y la destrucción de su hacienda con el amor de Dios. Él no podía reconciliar el disfrute de libertad de los ladrones que se metieron a su hacienda, con la justicia de Dios, no obstante, confiaba en el Señor y por eso lo alabó. “De ese modo demostró que confiaba plenamente en las decisiones de su Padre celestial. Dios está a nuestro lado, incluso en las circunstancias más dolorosas. Y eso es así porque una vez Él abandonó a Su propio Hijo para que nosotros *nunca* fuéramos abandonados por Él. El Señor puede exigirnos mucho, pero nunca abandonará a quien se dirige a Él en oración. Él nos escucha cuando gemimos. Entiende completamente nuestro dolor. Él sabe y hace lo que es bueno, y, por ello, debe ser alabado. Aquel hombre, cuya alma estaba en la angustia, nos da ejemplo de cómo alabar a Dios incluso en medio del dolor. Mientras Job alababa a Dios, no pecaba. Esa es la actitud que el SEÑOR aprueba en todas las circunstancias y sobre la cual expresará su alegría, incluso ante Satanás.”⁶

Podemos alabar al Señor en medio de la aflicción cuando ponemos en sus manos nuestra enfermedad, nuestra pobreza o miseria, la vida de nuestro ser querido que sufre bajo el arrasador cáncer.

En el estado de gloria alabaremos al Señor por todas sus decisiones sobre nosotros, incluso por aquellas que nos parecieron lúgubres, inexplicables y muy dolorosas. “Un día, todos aquellos “porqués” desesperados se verán ahogados por los cánticos de alabanza

⁶ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 29.

acompañados por arpas y címbalos. Uno de los cantores será Job, que un día maldijo el día de su nacimiento y reprochó a Dios el haber nacido. Entonces alabará las decisiones de Dios, incluso en la adversidad... Alabaremos la dirección de Dios en su camino de eternidad a eternidad, pues el tema de nuestro cántico será: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y POR TU VOLUNTAD existen y fueron creadas.”, Ap. 4:11.”⁷

Sexto, la disciplina del Señor se debe soportar con esperanza. Aunque nos ha tocado pasar por largos desiertos y amplios valles del dolor, esto no siempre será así. Tenemos la esperanza de que un día entraremos al estado eterno de gozo indescriptible cuando podamos ver el rostro de nuestro Salvador, el cual nos acompañó por el valle de la aflicción, y, entonces, nos permitirá disfrutar para siempre de la verdadera e indestructible felicidad. *“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve; no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos”* (Ro. 8:24-25). Job soportó las más duras aflicciones con la esperanza de que luego de ese doloroso proceso su fe sería más preciosa: *“Me probará y saldré como oro”* (Job 23:10). *“Cuando las alas de la esperanza se extienden el alma es capaz de elevarse por encima de la necesidad apremiante y respirar el aire vigorizante de la felicidad futura.”*⁸

La esperanza alimenta la fe y nos permite anticipar la gloria eterna, de manera que la dura prueba se convierte en una minúscula aflicción: *“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, si no las que no se ven; pues, las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas* (2 Cor. 4:17-18).

Séptimo, la disciplina del Señor se debe soportar con agradecimiento. *“Debes estar agradecido, mi hermano abatido, que el Gran Dios se preocupa tanto por un gusano de la*

⁷ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 58.

⁸ http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_089.htm Julio 12 de 2012

tierra como para interesarse en su educación espiritual a través de la aflicción. No dejes, pues, de darle gracias por su bondad, su fidelidad y su paciencia hacia ti.”⁹

Alabemos al Señor porque las pruebas y aflicciones forman parte del trato que el Señor tiene para nosotros como buen padre interesado en nuestra dicha eterna: “*Pero siendo juzgados, somos castigados por el Señor para que no seamos condenados con el mundo*” (1 Cor. 11:32). Si el Señor Jesús pudo cantar un himno la noche en que fue traicionado (Mt. 26:30), cuánto más nosotros podemos dar gracias al Señor y adorarlo en medio de aflicciones más ligeras.

⁹ http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_089.htm Julio 12 de 2012